

humana y cristiana. Está claro que una obra que tiene un significado tan fundamental para la vida y una eficacia tan profunda, necesita también un estudio detenido... y continuado...».

## 70

El Santo *Padre Claret* llegó a decir: «Deben saber los curas párrocos que es más necesario el Catecismo que la predicación, pues ésta viene a ser casi inútil cuando el auditorio ignora el catecismo».

## 71

La mayoría de los padres de familia y el gobierno de la nación todavía no han ponderado debidamente la influencia y sobremanera provechosa que ejerce el Catecismo bien aprendido desde niños. Si se llevase a la práctica no habría terroristas ni ladrones... La enseñanza del catecismo es la más sublime y trascendental de la vida cristiana...

La doctrina del catecismo sirve para orientar toda nuestra vida. los hombres buscan la verdad, mas ¿dónde está? Un día Jesús dijo ante Pilato, gobernador romano: «*Yo para esto he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad; todo el que es de la verdad oye mi voz. Pilato le dijo: «¿Y qué es la verdad?»*». Pilato no esperó la contestación. Pero ya podía comprender que Él era la Verdad luego lo diría claramente: «*Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida. Yo soy la luz del mundo, el que me sigue no anda en tinieblas*» (Jn. 18,37).

Cristo es la Verdad y la fuente de toda verdad, pues de Él parte el Evangelio y el contenido esencial del Catecismo, y todo cuanto nos dice es verdadero... San Agustín buscaba la verdad, y el que fuera luego Cardenal Newmann... y tantos otros buscaban la verdad..., y cuando conocieron a Cristo, hallaron la verdad...

Uno de los grandes naturalistas fue el profesor de Química de París Luis Pasteur (1822-

1895), la fama de cuyos brillantes descubrimientos se extendió por todo el mundo. En 1877 descubrió que la causa de la mayor parte de las enfermedades son unos diminutos seres vivientes llamados bacilos. Descubrió también un remedio contra la rabia. Este hombre, que con sus estudios halló que en los seres microscópicos existía también un orden admirable, era muy temeroso de Dios, y por nada disimulaba su piedad religiosa.

En cierta ocasión le fue preguntado cómo era posible que fuese tan fervoroso católico, cuando otros sabios se apartaban de esta religión. Pasteur, que reconoció que los indiferentes e incrédulos son los ignorantes en religión, dio la siguiente respuesta: «Con lo que he estudiado, he adquirido la fe de un campesino bretón; si hubiera estudiado aún más, no dudo que mi fe hubiera sido la de una campesina bretona».

Es cosa de todos sabida que los bretones son reputados como un pueblo piadoso y que las bretonas son, por lo general, más piadosas todavía. En la hora de la muerte tenía este sabio constantemente en sus manos un pequeño crucifijo de marfil, al que besaba con frecuencia. El cuerpo de este gran investigador descansa en un lu-

gar sagrado, a saber, en un sepulcro situado en el altar mayor de la Iglesia de Nuestra Señora de París.

Como Pasteur, así también otros muchos grandes naturalistas fueron hombres temerosos de Dios y fervientes cristianos, por ejemplo el botánico Linneo, y el físico y matemático Andrés Ampère. Este dijo el día de su muerte a su amigo Arago, que quería leerle el libro de la Imitación de Cristo: «No me hace falta, me sé este libro de memoria». La religiosidad de los más eminentes sabios nos demuestra que el estudio de la Naturaleza conduce al conocimiento de Dios. En el libro de la Sabiduría leemos: *«Vanos son por naturaleza todos los hombres que carecen del conocimiento de Dios, y por los bienes que disfrutan no alcanzan a conocer al que es la fuente de ellos, y por la consideración de las obras no conocieron al Artífice...»* (13, 1s).

## 74

—*Napoleón I*, que había visto de cerca al hombre sin religión, decía: «A ese hombre no se le gobierna, se le ametralla. ¡Ah! vosotros queréis que ese hombre salga de mis colegios... No,

no; para formar al hombre yo pondré a Dios conmigo». En otra ocasión dijo: «Sin religión, los hombres se degollarían por cualquier insignificancia».

Y el filósofo Platón dijo: «Aquel que destruye la religión, destruye los fundamentos de toda sociedad humana, porque sin religión no hay sociedad posible».

## 75

### La fe cristiana

En el Evangelio se nos plantea el problema de la fe, en las palabras que dijeron los apóstoles, una vez que Jesús calmó la tempestad del mar Tiberiades: «¿*Quién es éste que hasta el viento y el mar le obedecen?*» (Mc. 4,37 ss). ¿Quién es este hombre? ¿Quién es Jesucristo para que creamos en Él? ¿Qué doctrina es la suya? ¿Quién es Este que resucita a los muertos, da vista a los ciegos y hace tantos milagros? Esto nos demuestra que Jesucristo es verdadero Dios y verdadero hombre.

Notemos que fe es creer lo que no vimos, por el testimonio de otros. La fe *humana* se apoya en el testimonio o palabra de otros hombres. la fe

*cristiana divina* es la que se funda en la palabra de Dios. Por esta fe creemos en Jesucristo y aceptamos su persona y su doctrina. Nuestra fe se apoya en la autoridad de Dios. Dios nos ha hablado y creemos en su palabra. Él nos lo ha dicho.

## 76

El filósofo griego *Pitágoras* era tenido en tanta veneración por sus discípulos a causa de su doctrina y buen carácter, que se daba fe a todo lo que él enseñaba. Cuando algún discípulo dudaba de alguna cosa, bastaba decir: «Autos efa»: Ipse dixit = lo ha dicho él, para que nadie osara contradecir.

Con mucho mayor motivo debemos creer en Jesucristo, porque Él es Dios y no puede engañarse ni engañarnos. Su doctrina está avalada con verdaderas profecías y grandes milagros. (Véanse los Evangelios).

## 77

Dios habló a Abraham varias veces, y un día le prometió multiplicar su descendencia como las estrellas del cielo, y pasa el tiempo sin tener

hijos y al llegar a los cien años le concedió a Isaac, y lo somete a la gran prueba, exigiéndole que lo sacrifique. Abraham no dudó en confiar en su Dios. Toma a su hijo único y parten para el monte señalado por el Señor, y se iba diciendo: «Si me va a dar gran descendencia, *poderoso es Él para resucitarlo*». Cuando se dispone a sacrificarlo, el ángel del Señor detiene su brazo y le dice: «¡Abraham, Abraham!». Y éste contesta: «*Heme aquí. No hagas nada al niño, porque ahora he visto que en verdad temes a Dios, pues por mí no has perdonado a tu hijo, a tu unigénito*». Abraham creyó en la palabra de Dios y es considerado como el «*padre de los creyentes*».

## 78

En el año 1895 un rapazuelo muy inteligente viajaba de Namur a Bruselas engolfado en la lectura de un libro. Dícele un señor: ¿Qué lees con tanta atención? —Una historia interesantísima de un moro que abrazó la fe católica y recibió el bautismo y la sagrada Comunión.

—Pero tu crees en la comunión y en semejantes misterios? —Si, yo creo todo lo que Dios ha revelado, y que la Iglesia me enseña.

—¡Qué Dios ni que Iglesia! Yo, que he estudiado la naturaleza, nunca he encontrado la huella de Dios.

—Entonces Vd. no la ha querido encontrar. ¿Acaso la misma naturaleza, la tierra, el sol, las estrellas ¿no son huellas de Dios? Este mundo ¿se ha hecho por sí solo?

—¡Ah!, ¿vienes tú a enseñarme a mí? —interrumpió el señor—. Eres un chiquillo. Tu crees lo absurdo; yo sólo creo lo que veo. —Dispense; ¿ha visto alguna vez su inteligencia? ¡Imposible! Pues bien; usted debe decir que no la tiene. E hizo callar al sabio naturalista. Porque uno no haya visto vg. la ciudad de Singapur, ¿deberá creer que no existe?...

## 79

Un médico muy docto pronunciaba ante un numeroso auditorio un discurso científico acerca del nerviosismo. El doctor hablaba con la mayor claridad posible y adornaba su discurso con gran lujo de ejemplos, por lo que recogió al acabar grandes aplausos.

Apenas hubo acabado, uno de los oyentes se llegó a él y le dijo: «Señor doctor, yo no he en-



tendido una sola palabra en este asunto del nerviosismo». Rióse el médico y contestó: «Señor mío, yo puedo explicarle a Vd. el asunto de que se trata, pero darle a Vd. la inteligencia, eso no puedo. Es cuestión de talento.

Eso mismo acontece con las verdades de nuestra Santa Religión. El predicador en el templo y el catequista en la escuela pueden explicar la doctrina de la religión, pueden demostrarla y defenderla, pero no pueden comunicar a sus oyentes la virtud de la fe, que es un don de Dios. Este don puede merecerse con el esfuerzo para conseguir la verdad, con la rectitud de vida y con la petición constante de la verdadera fe.

## 80

¿Se salvarán los infieles o paganos? Cuando San Francisco Javier anunció por primera vez el Evangelio en el Japón, los habitantes del país se lamentaban de que Dios los hubiese abandonado durante tanto tiempo y de que sus padres estuviesen condenados por haber muerto sin la fe. pero el santo les declaró lo siguiente: «Si vuestros padres se guiaron por la razón y por su conciencia, Dios les iluminó sin duda interiormente,

haciendo así que no muriesen sin la fe. Pero, en caso contrario, han sido condenados justamente».

También Santo Tomás de Aquino dice: «Aun cuando alguno haya crecido en las selvas y en medio de las fieras, si ha seguido el dictamen de la razón haciendo el bien y huyendo del mal, debe creerse con toda certeza que le Señor le comunicará lo necesario para alcanzar la fe, sea por interior iluminación, sea enviándole un mensajero de la verdad». No es, pues, cierto que todos los paganos se condenen. Dios ha grabado en nuestra conciencia sus mandamientos, y sabemos por ella que el bien hay que hacerlo y el mal hay que evitarlo, y por tanto aquellos paganos, a los que no haya llegado el Evangelio, si hacen el bien, según le dicta la razón, se salvarán.

## 80

Un caballero muy notable consiguió ser recibido en audiencia por el Papa Gregorio XVI (1831-1846). Como el Papa le preguntase si le había gustado la Iglesia de San Pedro, contestó el caballero: «Le diré: por fuera, aquella gigantesca mole de edificio me ha aturdido, más bien

que deleitado; sólo al entrar y pasar en ella cierto tiempo, ha empezado a gustarme muchísimo».

El Papa le respondió: «Eso mismo acontece, señor mío, con muchas doctrinas de la Religión católica; al que se detiene en el anunciado exterior de las palabras, son muchas las doctrinas que le dan en rostro; pero apenas penetra en el espíritu de ellas, se le desvanecen los perjuicios y comienzan a serle agradables las doctrinas del catolicismo».

Por eso debería todo el mundo procurarse un buen tratado popular de religión y leerlo a menudo. No habría entonces tanta incredulidad en el mundo. Hoy más que incrédulos, hay ignorantes en religión que no se han preocupado de interesarse por conocerla.

## 81

La mujer del filósofo Séneca tenía una esclava llamada Harpaste que perdió la vista. Desde aquel momento, no dejó de quejarse de que la casa estuviese tan oscura. Lo mismo sucede a algunos cristianos. Apenas han perdido la fe, se vuelven ciegos espiritualmente e inculpan a la Iglesia católica de obscurantismo, en vez de

inculparse a sí mismos. Por el contrario, se precian de ser hombres ilustrados, pero en religión son ignorantes.

## 82

Un célebre orador romano llamado Mario Victoriano, que había leído las Sagradas Escrituras, se había vuelto cristiano en la intimidad, pero para no perder el honor de que gozaba entre los paganos, no se atrevería a confesar su fe en el Crucificado. En cierta ocasión declaró a San Simpliciano que era cristiano clandestinamente, pero no en público. El Santo le respondió:

«Mientras no confieses que perteneces al Cristianismo y no asistas a la Iglesia, no serás cristiano». A lo que repuso Victoriano: «¿Son acaso las paredes y los muros que hacen ser cristianos?». Entonces el santo le recordó las palabras de Cristo: **«El que se avergüence de Mi y de mis palabras, también el Hijo del Hombre se avergonzará de él cuando llegue a su reino»** (Lc. 9,26).

Victoriano halló efectivamente estas palabras de Cristo en la Sagrada Escritura y las meditó largamente, con lo que llegó a deponer todo res-

peto humano y asistir a la Iglesia, confesando así públicamente su fe en Cristo. El que no quiere confesar su fe no es, pues, buen cristiano.

## 83

Un soberano del Japón, llamado Faxiba, había protegido mucho a los cristianos, hasta el punto de llamar a algunos de ellos a desempeñar importantes cargos en la Corte; mas, de pronto se trocó en enemigo de ellos y prohibió severamente la confesión de la religión cristiana.

Dos cristianas, damas de la Emperatriz, pidieron a ésta su licencia para despedirse, a causa de verse impedidas de practicar en la Corte sus creencias religiosas. La Emperatriz, que les había puesto gran cariño, les dijo: «Nada habéis de temer; yo no os mandaré cosa alguna contraria a vuestra religión; me contentaré con que la profeséis en oculto, pudiendo permanecer cristianas en vuestro corazón».

Las dos damas contestaron: «Nuestra religión no nos permite semejante disimulo, pues entre nosotros, el que no confiesa su fe es como si la negase».

## Valor de la oración

Lo primero que hizo *Manning*, al tomar posesión del arzobispado de Westminster, fue fundar un convento de monjas carmelitas de Santa Teresa, con clausura y sin educandas. «Vivimos, decía, en una época de lucha, predicamos, escribimos y peleamos, pero no oramos u oramos poco. Para eso necesitamos a las carmelitas, que tengan siempre las manos levantadas al cielo como Moisés en el monte».

Adviertan... los que son muy activos, que piensan ceñir el mundo con sus predicaciones y obras exteriores, que mucho más provecho harían a la Iglesia y mucho más agradarían a Dios... si gastasen siquiera la mitad de este tiempo en estarse con Dios en oración (San Juan de la Cruz).

Por la oración tributa el hombre reverencia a Dios, por cuanto se somete a Él y orando confiesa que de Él necesita como autor de sus bienes (Santo Tomás).

Al hundirse el Titanic, trasatlántico inglés, como no había bastantes botes salvavidas, algunos lograron colocarse en una balsa de corcho que estaba flotando sin dueño. Sin atreverse a moverse por miedo de que una ola los precipitase a todos en el sepulcro de agua con ansiedad esperaban. Los minutos parecían siglos... A todos, aun a aquellos que quizá no habían rezado desde la infancia, les ocurrió levantar su súplica al cielo... Una y otra vez se repetía el «Padrenuestro»... Era la oración que todos conocían.

## 87

Santa Mónica, madre de San Agustín, al ver la mala vida de su hijo cuando era joven, angustiada, no hacía más que orar y llorar para que aquel extraviado se convirtiese. Pero no obtenía la gracia que pedía. Un día manifestó su dolor a un santo obispo, el cual le dijo: «¡Es imposible que el hijo de tantas lágrimas perezca!». Efectivamente, las oraciones de Santa Mónica fueron escuchadas, y San Agustín no sólo se convirtió, sino que llegó a ser un gran santo y doctor de la Iglesia.

El santo Cura de Ars veía muchas veces en su iglesia a un campesino que, ciertos días, llevaba consigo sus herramientas, su pala. Advirtió el cura que ese hombre nunca utilizaba libro de rezos del rosario, y que se contentaba con mirar al Sagrario. Un buen día, le preguntó el santo párroco:

—Mi querido amigo, dígame: ¿qué oración reza usted cuando está en la iglesia? —¡Oh, señor cura!, respondió el campesino, muchas veces no puedo rezar. Entonces miro a Jesús, y Él me mira.

Comprendió el santo cura lo que quería decir aquel hombre. ¡Ojalá alcancemos algo de esta oración del labriego!

En cierta ocasión una santa estuvo distraída durante su oración desde el principio hasta el fin. Y como se lamentara de su falta, nuestro Señor le habló y le dijo: —Hija mía, ¿por quién has estado arrodillada durante esta hora? —Por Ti, Señor. Pues bien, has orado durante una hora a



despecho de todas tus distracciones. ¿No es esto consolador? Si has hecho lo que has podido y, a pesar de tus esfuerzos, has acabado por dormirte, se te pagará por todo el tiempo. Semejante contrato de trabajo sólo Dios puede hacerlo... A veces hasta el sueño lo podemos convertir en oración.

## 90

Santa Coleta, segunda fundadora de las Clarisas Pobres, vio acercársele un día un joven de vida mundana y pecaminosa que, en broma, le dijo: «Si sois realmente una santa, obrad ahora el milagro de hacerme santo a mi». La santa no levantó siquiera los ojos para mirarlo, pero con toda sencillez rogó en voz alta: «Escuchad sus palabras, Señor, y haced que sean una realidad».

El joven quedó asombrado; extinguióse en su cara la expresión de burla, se marchó precipitadamente, entró en una iglesia, pidió un sacerdote e hizo una buena confesión. Desde aquel día llevó una vida buena, y no mucho después una muerte santa.

Incluso cuando los santos están aún en este

mundo sus plegarias tienen un gran poder; mucho más cuando están en la gloria.

## 91

Un joven musulmán que en su país frecuentaba una escuela francesa se quejó a su padre porque le hacían recitar una oración cristiana. La queja no era justificada. Los alumnos no cristianos no recitaban la oración —que era el Padrenuestro—, sólo la escuchaban en la actitud respetuosa debida a cualquier acto religioso.

Su padre quiso conocer el texto de la oración, y al oírlo exclamó: «¡Pero si esta oración es admirable! Yo mismo la recitaré en adelante a diario». Y según testimonio de su hijo, desde entonces no dejó de rezar el Padrenuestro ni un día.

## 92

El año 1345 *Nicolás de Poggibonsi* (Libro de d'Oltremare): Se va al Monte Olivete, y a la parte derecha, sobre el camino, hay un muro, junto a una iglesia, mas ahora está arruinada, y no queda sino el enladrillado. Abajo hay una cisterna, y al poniente, sobre el muro, hay una gran piedra, en

la que se veía escrito todo el Padrenuestro. Y allí N. S. Jesucristo compuso el Padrenuestro y lo dio a los apóstoles.

## 93

Una vez el emperador Napoleón I fue con su paje al teatro, y él que no se cuidaba del espectáculo, sino de la gente, observó que el paje ocultaba cuidadosamente una mano. Sospechando lo que en ella había, se la cogió y halló... un rosario. El paje temía una reprimenda, mas Napoleón le dijo: «Muy bien; sigue rezando, que no voy a molestarte más... Tu serás un buen hombre». Efectivamente, aquel paje llegó a ser más tarde arzobispo de Besançon.

## 94

Los últimos momentos de Bernardita Soubirous: Hizo la señal de la cruz, como ella sola sabía hacerla, y luego recitó claramente las últimas palabras del Avemaría: «Santa María, Madre de Dios», pero en vez de decir: «Ruega por nosotros», ella imploró: «ruega por mi, pobre pecadora, pobre pecadora», y acabó: «ahora

y en la hora de mi muerte». Después de estas supremas palabras un sofoco le cortó del todo la respiración, inclinó la cabeza y expiró.

## 95

Un día se presentó a don Bosco un médico que tenía mucha fama por las estupendas curaciones que había hecho, pero que no creía en Dios. Cuando llegó a la habitación de don Bosco, pidió al santo que lo curase, ya que lo había hecho con tantos otros.

Don Bosco le invitó a que se arrodillara y rezase. El médico en un principio se resistía, pues, según decía, no creía en Dios, ni en la Virgen, ni en los milagros. El mal que padecía era la epilepsia. Convencido por fin por don Bosco, se arrodilló, hizo la señal de la cruz y se realizó el milagro.

Curó, se confesó y comulgó de manos del mismo don Bosco, y en lo sucesivo contaba a todos el milagro y decía: «Sólo de rodillas, sólo rezando se puede creer y curarse».

Preguntamos en una librería: ¿Cuántos métodos tiene usted para aprender inglés? —Por toda respuesta nos enseñaron un estante, y en él pudimos contar veintisiete métodos diversos, entre grandes y chicos. Preguntamos después cuál era el mejor. El dependiente, sonriendo, nos respondió: Tome el que quiera, que tan malo es uno cualquiera como los demás. ¿Entonces?

Si quiere usted aprender a hablar inglés váyase donde lo hablen y hable. Todo lo demás huelga.

Varias veces nos hemos acordado de esta respuesta cuando alguien nos ha preguntado cuál es el mejor libro para aprender a orar... Todos serán los buenos que se quiera, pero nada puede compararse con la práctica. Orar es la verdadera manera de aprender a orar. Orar es hablar con Dios, comunicarnos con Él, pedirle gracias y dárselas por los beneficios recibidos...

*Francisco de Sales* tenía un maestro viejo, que luego fue canónigo en Ginebra. Al morir

éste, su insigne discípulo quiso ofrecer el santo sacrificio en sufragio de su alma. Al llegar al Padrenuestro, después de la consagración, se emocionó tanto el celebrante, que hubo de hacer una pausa, enjugándose las lágrimas. Después de la misa su director espiritual quiso consolarle; Francisco de Sales le dijo: No estoy triste por mi buen maestro. Su alma está con Dios, descansa dichosamente sobre el Corazón del Redentor. El motivo de emocionarme tanto al llegar al Padrenuestro fue el recordar que mi bueno y viejo maestro me enseñó a rezar el Padrenuestro».

## 98

### **La educación cristiana**

A los niños hay que educarlos bien en sus primeros años. «Siempre se ve que es más fácil inclinar y encaminar el arroyo cuando está pequeño por junto a su nacimiento, que después cuando va más crecido y se ha juntado con otros ríos; y un roble o encina, cuando chicos, fácilmente se arrancan de cuajo, pero cuando han crecido, aún para cortarlos hay dificultad» (Hermano de Santiago).

Cuéntase de Napoleón I que, conversando cierto día con la señora Campagn sobre la educación, acabó por afirmar que todos los antiguos sistemas de educación no tenían valor alguno. La señora Campan no le interrumpió, y el emperador añadió satisfecho y con aire de triunfo: ¿Qué nos falta para la regeneración de Francia, para que las jóvenes puedan salir bien educadas?

Una sola cosa, respondió ella con viveza: «Faltan madres». A esta respuesta, tan inesperada como profunda, respondió Napoleón: «Tenéis razón, he ahí todo un sistema de educación: formar madres que eduquen a sus hijos».

## 100

Palabras del Cardenal *Mindszenty*: ¡Con que alegría me acuerdo todavía de los días de mi niñez! Nosotros, los tres hermanos, rezábamos con nuestra madre el Padrenuestro, el Avemaría, el Credo, los diez Mandamientos y los cinco Preceptos de la Iglesia. Al principio los consideramos todos como oraciones y no se nos ocurría

que nuestra madre había empezado ya así nuestra instrucción religiosa.

Antes de ir aún a la escuela ayunábamos el Miércoles de Ceniza, el Viernes de los Dolores, el Viernes Santo... Nuestra madre fue nuestra primera catequista. Nos introducía en las diversas ceremonias del año eclesiástico. Sin notarlo siquiera nosotros, íbamos haciendo acopio de un gran tesoro de conocimientos religiosos».

## 101

*Napoleón* al encargarse la educación de su hijo, el «Rey de Roma» a la señora de Montesquieu, le dijo: «Señora, edúquelo para que sea buen cristiano». Uno de los señores presentes se sonrió al oír tales palabras. *Napoleón* dijo con energía: «Sé lo que digo y porqué lo digo. Eduque a mi hijo para que sea buen cristiano; es la manera mejor y más segura de que sea también un buen francés».

## 102

Hace ya años que se hallaba en la cárcel de Zaragoza, puesto ya en capilla, un asesino; y



como un sacerdote le hablase de cosas santas, le interrumpió diciendo: —¡Ah, padre!, si en lugar de enseñarme en la escuela la doctrina cristiana me hubiesen enseñado el código penal, no me vería hoy en capilla y mañana en el palo.

—Pues te aseguro hijo, repuso el padre, que si hubiese recordado lo que dice la doctrina cristiana ni aún pusieras los pies en esta cárcel. ¿Sabes los mandamientos de Dios? Sí, señor. Vamos a ver. —El primero, amar a Dios sobre todas las cosas. El segundo... El quinto, no mentir...

¿Cómo? El quinto, no matar. ¿Lo ves?, repuso el sacerdote; en la doctrina cristiana está todo, y los que la saben y practican no han de temer cárceles, ni presidios, ni capillas, ni cadalsos. ¡Cuánto importa educar a todos desde niños en el santo temor de Dios!

## 103

El día 2 de diciembre de 1863 moría la madre de Carlos Marx. Este comunicó así la noticia a su amigo Engels: «Querido Federico: Hace dos horas he recibido un telegrama comunicándome la muerte de mi madre. El destino exigía la vida de uno de nuestra casa. En las presentes circuns-

tancias, después de todo, soy yo más necesario que mi madre». Faltaba Dios en el corazón de Carlos Marx.

¡Qué capacidad educativa tendría este padre, una de cuyas hijas, Leonora, se suicidó después, en 1898, en Londres; y la otra, casada con el socialista Lafargue, se suicidó junto con su marido el 11 de noviembre de 1911! Estos son los frutos de vivir de espaldas a Dios...

*David Goldstein*, el conocidísimo orador y apóstol seglar de América, descendiente de una familia judía de los Países Bajos, creció en América y se afilió a los socialistas, y fue militante activo; pero a medida que estudiaba la doctrina socialista, más distanciado se sentía de ella, y al ver que las hijas de Carlos Marx se habían suicidado. Estos y otros hechos, dieron el primer impulso a Goldstein para estudiar la doctrina católica, y al fin encontró la verdad, y de marxista se transformó en ferviente católico y apóstol, entrando en la Iglesia Católica el año 1905 en Boston.

nos, se convirtió al cristianismo. Ordenado sacerdote, dirigió la escuela catequística de Alejandría, después de la muerte de Panteno. De vasta cultura, vio la gran fuerza educadora del cristianismo. En las catequesis que reunió con el título de «El Pedagogo», decía a sus cristianos: Aquiles tuvo por preceptor a Fénix, los hijos de Creso fueron instruidos por Adrasto, Alejandro magno por Leónida, Filipo por Nausito..., pero nuestro particular pedagogo es Jesucristo, Dios santo, luz del mundo, Palabra del Padre; este Dios clemente y bueno es nuestro pedagogo.

## 105

Desearía convocar... una asamblea de personas sobre quienes pesa una responsabilidad. Les mostraría tres bibliotecas: en la primera, los nuevos papas del porvenir (los incrédulos): V. Hugo, Litré, Comte...; en la segunda, los grandes pensadores del pasado: Aristóteles, Platón, Pitágoras...; en la tercera, un solo libro: el Evangelio. Y luego conduciendo un niño en medio de la asamblea... preguntaría a ese concilio de los responsables: ¿Cuál de estas tres bibliotecas he de escoger como fundamento para la educación

de este niño? Realmente, no habría otra contestación que esta: «¿El Evangelio!» (*Dupanloup*)

## 106

Una madre enseñaba los elementos de la religión a sus cuatro hijos. Un día, al terminar la lección, les dijo, con acento de profunda ternura: ¡Cuán feliz sería si entre vosotros se encontrara un santo!

El menor de todos corrió a arrojarle en los brazos de su madre y exclamó: —Tendrá usted esa dicha. Yo seré santo. El niño cumplió la palabra: llegó a ser un gran papa y un gran santo: San Pedro Celestino.

## 107

El padre de *Jorge Washington* había plantado en su jardín un árbol que cuidaba con esmero. Un día lo vio herido de muerte. «¿Quién es el miserable, gritó indignado, que ha hecho este destrozo? Si lo tuviese al alcance de la mano, le castigaría de lo lindo». «Padre, soy yo», dijo enseguida su hijo, un niño de cinco o seis años. Le habían

regalado una pequeña hacha, y él la probó precisamente en el árbol privilegiado.

Conmovido el padre por la franqueza, estrechó al niño entre sus brazos: «Has hecho mal en destruir el árbol que planté. Pero has hecho bien en confesármelo. Mi hijo tiene valor de decir la verdad. Eso lo aprecio infinitamente más que mil árboles de flores de plata y frutos de oro». Este elogio valía más que el correctivo más duro. Lo bien hecho, merece su alabanza...

## 108

En un congreso católico celebrado en 1913, el que un día sería el cardenal Gasquet narró la siguiente anécdota: «Estando en una región minera de Inglaterra, un día me lamentaba delante de los protestantes de la ignorancia cristiana de muchos obreros. Se me dijo que exageraba, por lo cual propuse una experiencia. Estaban pasando los mineros y llamé a uno de ellos designado al azar. Le interrogué: «¿Me permite una pregunta? ¿Qué sabe Vd. acerca de Jesucristo?». Me respondió: «Jesucristo... No le conozco; sin duda no es de los que trabajan en mi galería».

¡Qué tristeza da considerar un momento esta

ignorancia de los hombres acerca de su Dios y Redentor! «De entre todos los males, dijo Pío XII, que aquejan a la sociedad presente, ninguno más grande ni más profundo como el de la ignorancia religiosa».

## 109

Se presentó una vez a un párroco una señorita que deseaba casarse. El párroco, como era su obligación, le preguntó lo más importante de la doctrina cristiana, y comenzó por los misterios de la fe:

Usted señorita, sabrá cuáles son las personas de la Santísima Trinidad. —¡Oh, imagínese!, contestó ella; esto es muy fácil... ¡Son tres: San José, la Virgen y el Niño!

El párroco quedó pasmado ante aquella respuesta. ¡He aquí los frutos de la ignorancia del Catecismo!

## 110

Otro caso parecido. En cualquier parte del mundo podría también suceder lo que sucedió en uno de los suburbios de París a un sacerdote francés. Este

preguntó a un gallardo joven: —Hijo mío, ¿sabes que es la Trinidad? —Oh, sí; la estación de ferrocarril urbano.

—Sí; realmente existe una estación de tal nombre (la Trinité). Pero ¿a esto se reduce el caudal de tu ciencia respecto de la Trinidad? Esto era cuanto sabía de la Trinidad un joven que vivía en un país cristiano.

## 111

Viajaba un día un obispo francés, Mons. Devie, obispo de Belloy, y una señora que iba en el mismo departamento, se vanagloriaba de ser incrédula en cosas de religión. El obispo, con toda calma, le preguntó: «Usted ¿ha estudiado religión?». «Sí, contestó la señora, he leído la enciclopedia de Voltaire, Diderot...». «Y ¿no ha leído, para disipar sus dudas, a los grandes apologistas: Atenágoras, San Justino, Tertuliano... o las obras de Bossuet, de Fenelón, de Balmes...?». Para hablarle con sinceridad, tales obras no sé si existen». «Pero, al menos, habrá estudiado algún Catecismo?» —¡Qué ocurrencia! ¡No tengo otro quehacer que ocuparme en tales cosas!...».

«Entonces, perdone, concluyó el prelado, no diga usted que es una incrédula; diga más bien que es una ignorante en religión. Estúdiela, y las verdades de la fe le parecerán claras y se convencerá de la divinidad de la religión católica.

¡Cuántos se vanaglorian de ser incrédulos y son ignorantes, que no han leído jamás un solo libro de religión!

## 112

Un sabio indio, Sahú Sunoar Singh, puso en uno de sus libros un simil que debiera meditar larga y seriamente todo cristiano. Escribió:

«Un día estaba yo sentado cerca del Himalaya, a la orilla de un río. Saqué del agua una piedra hermosa, redonda, dura, y la rompí. Su interior estaba completamente seco. Esta piedra hacía tiempo que estaba en el agua, pero el agua no había penetrado en ella. Lo mismo ocurre con los hombres en Europa. Hace siglos que en torno suyo fluye el cristianismo, viven por completo dentro del cristianismo, mas éste no ha penetrado, no vive dentro de ellos. La falta no está en el cristianismo, sino en los corazones cristianos».



No ha penetrado en ellos el valor de la religión, porque no se han interesado por conocerla...

## 113

En 1898 fueron ejecutados dos criminales, que murieron del todo arrepentidos. El domingo siguiente, el padre Corisell. S. I. que había asistido a los reos explicó el Catecismo en la iglesia de la Compañía.

Se le acercó una mujer enlutada con dos niños, de 5 y 7 años de edad, y le dijo: «Yo soy la madre de los ajusticiados que usted atendió, y estos son los hijos del mayor, mis nietos; enséñeles usted la doctrina. Si su padre la hubiera sabido, no hubiera parado donde paró».

## 114

*Alocución a los niños:* Dice el Evangelio: «Un hombre fue a sembrar a su campo. Una parte de la semilla cayó en el camino y fue pisoteada por los viandantes; otra cayó entre piedras y, apenas nacida, se secó porque no había humedad; otra cayó entre espinas, que la ahogaron.

Una parte cayó en terreno bueno, y nació y fructificó en ciento por uno» (Lc. 8,5-8).

La semilla es todo lo que enseña el Catecismo. Los niños que no oyen u oyen mal las explicaciones del catecismo son como el terreno malo, donde cayó la semilla y no dio fruto. Debéis ser, pues, terreno bueno; es decir, debéis oír con atención y guardar como cosa preciosa las enseñanzas del Catecismo, si queréis que os de buenos frutos.

## 114

### El fin del hombre

El famoso filósofo griego Diógenes (m. 324 a.C.) levantó una tienda en la plaza del mercado de Atenas, en la cual puso esta inscripción: «Aquí se vende sabiduría». Los que por allí pasaban, miraban y seguían su camino, riéndose. Pero un señor de muy buen humor, que vio la inscripción, dio a su criado tres sestercios (unos cincuenta céntimos), diciéndole: Ve donde ese fanfarrón a comprar sabiduría, y dile cuánta te da por los tres sestercios... El criado cumplió el encargo de su amo. Diógenes metió el dinero en

su bolsillo y dijo: «Di a tu amo la siguiente máxima: *En todo lo que hagas piensa en el fin*».

Tanto agradó a aquel señor esta máxima, que la hizo esculpir con letras de oro en la puerta de su casa, para despertar en sí mismo y en cuantos entrasen por ella el recuerdo de su propio fin, para qué estamos en este mundo.

## 115

Atravesando el desierto una caravana de viajeros, encontró a un niño que iba solo, perdido en aquella inmensa soledad, con los ojos turbios e hinchados por el mucho llorar. Los viajeros le preguntaron: «¿Quién eres?». Y el niño respondió: «No se». «¿De dónde vienes, a dónde vas?». «No se»... Entonces cogieron entre ellos al niño y poco después se dieron cuenta de que el espanto y el dolor le habían hecho perder el juicio.

¡Cuántos, sin estar locos, se parecen a este niño! Si se les pregunta: ¿Quién los ha creado y puesto en este mundo?, o sea, con las preguntas que suelen hacerse en unos Ejercicios Espirituales: «¿De dónde vengo? ¿A dónde voy? ¿Para qué estoy en este mundo?», contestan como el niño del desierto: «No lo sé».

¡Cuántos hay en el mundo que sólo viven para gozar y divertirse, y no piensan en el más allá, ni en Dios, ni en su alma! Recordemos el Catecismo: «El hombre ha nacido para glorificar a Dios, o sea, para conocerle, amarle y servirle, y después gozarle para siempre en el cielo»...

## 116

*La vida es un paso sobre un puente.* Sobre la Torre de la Victoria de Fatepur-Sikri, ciudad de la India, encontraron hace pocos años unos viajeros una notable inscripción árabe que decía de la siguiente manera: «Jesús ha dicho: El mundo es solo un puente; transitad por él, pero no levantéis sobre él vuestra morada».

Estas palabtas no se encuentran ciertamente en la Sagrada Escritura, pero son tan profundas y verdaderas, que bien merecen haber salido de la boca del Salvador. La vida humana se parece al paso sobre un puente, en cuya parte opuesta se halla aquella hermosa patria del cielo en la cual hemos de habitar eternamente, pues, como nos dice el apóstol: «*No tenemos aquí una ciudad fija, sino que vamos en busca de una que es eterna*» (Heb. 13,14).

*El hombre es un viajero; la vida un viaje.* Un predicador expuso en cierta ocasión las siguientes comparaciones: 1) El viajero se dirige a una estación determinada, y sólo para llegar a ella emprende la travesía. Así también el hombre tiene un lugar de destino, eso es, el cielo, y no tiene, por tanto, su propia casa en esta tierra; no es aquí más que un pasajero, un peregrino.

2) El viajero debe estar atento a las señales de madera o de piedra que se hallan por el camino; de otro modo se desviará de él. Así también el hombre debe observar los mandamientos de Dios, pues, de lo contrario, no llegaría a su destino, que no es otro que la felicidad del cielo. Sabido es lo que dijo Jesucristo al joven que le preguntó: que necesitaba él para conseguir la vida eterna: *«Si quieres alcanzar la vida eterna, guarda los mandamientos»*.

El que viaja en ferrocarril corre con gran prisa hacia su destino; las estaciones se suceden rápidamente una a otra. También en la vida del hom-

bre transcurre un año después de otro; pronto envejece el hombre y se acerca a la muerte, ¿y después? Pensemos en este después.

Un día se presentó a San Felipe Neri un joven estudiante para pedirle un favor. El santo se lo hizo, y después le preguntó qué quería ser. El estudiante le contestó: «Quiero ser abogado». ¿Y después? Pues después defendiendo causas ganaré mucho dinero. ¿Y después? De esta manera me prepararé una vejez tranquila. Está bien, ¿y después? Como todos los demás moriré. ¿Y después? A esta última pregunta, el muchacho no contestó; comprendió lo que quería decirle. *«Está establecido que los hombres mueran una sola vez, y después de esto el juicio»* (Heb. 9,27).

Las palabras «¿y después?» resonaron siempre más en los oídos del joven y le convirtieron en un hombre devoto y virtuoso.

## 119

La pérdida del alma no tiene remedio: porque no tenemos más que un alma. San Ignacio de Loyola le dijo a Francisco Javier, cuando estudiaba en la Universidad de París y soñaba en adquirir riquezas y renombre: *«¿De que le vale*

*al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma?».* (Mt. 16,26). Este pensamiento le hizo cambiar de vida y logró ser un gran misionero y santo.

Una vez se presentó al Papa Benedicto XI el embajador de un gran soberano para pedirle un favor en nombre de su señor. El Pontífice, al ver que se trataba de una cosa ilícita, respondió: «Amo tanto al príncipe, que si tuviera dos almas sacrificaría una para darle gusto; pero, como no tengo más que una, no soy tan necio que pase por perderla por agradarle».

Así ha de proceder todo cristiano cuando el demonio le sugiera el mal; resistir y decir: ¡no tengo más que un alma!

## 120

*Fenelón*, obispo francés, que fue tan renombrado educador, hizo llamar a su casa en Nochebuena a tres obreros que le construyesen un belén. Al proceder al reparto de los aguinaldos a la servidumbre, llamó también a su habitación, con el mismo objeto, a los tres obreros, a los cuales dijo: «Encima de esta mesa tenéis tres monedas de oro y tres libros de edificación espiritual; cada

uno de vosotros puede escoger a su gusto lo que prefiera».

Dos de los obreros tomaron enseguida las monedas de oro, diciendo: «Con ellas tendremos para comprar leña en el invierno». El tercero vaciló un momento, pero después echó mano al libro, diciendo: «Tengo a mi madre anciana y ciega; durante las veladas de invierno le leeré algunas páginas de este librito». El obispo sonrió y dijo: «Vuelve la página de la portada del libro». Volvióla el otro y encontró tres monedas de oro pegadas a ella. podéis figuraros la sorpresa que tuvieron los otros compañeros.

Leyendo el obispo en sus rostros la desilusión que sentían, les dijo: «El que prefiere el oro a las cosas que aprovechan al alma debe contentarse con los mezquinos bienes de la tierra. Pero el que aspira a los bienes eternos recibe, además de éstos, los bienes temporales. Por esto dijo Jesucristo: *«Buscad primero el reino de Dios y su justicia y toda lo demás se os dará por añadidura»* (Mt. 6,33).



## Conozcamos a Jesucristo

¡Cuántos se llaman cristianos y no le conocen! Saulo, llamado después Pablo, por estar imbuido en la ley judía o mosaica, consideró a los primeros cristianos, como una secta perniciosa. Un día iba camino de Damasco con el fin de perseguir y encarcelar por fuerza a hombres y mujeres seguidores de Cristo, y cuando iba respirando aún amenazas y muerte contra ellos, una luz del cielo resplandeció a su alrededor, y cayendo en tierra oyó una voz que decía: «*Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?*». Él respondió: «*Yo soy Jesús a quien tu persigues*». (Perseguir, pues, a los cristianos es perseguir a Cristo).

Aquella caída de Saulo fue el comienzo de su conversión, y terminó conociendo a Cristo, y de perseguidor fue convertido en apóstol suyo, y luego predicaba valientemente, sin respeto humano, que Jesucristo era el Mesías y era Dios. El apóstol Pablo confesó públicamente sus pecados y sus errores, y dijo: «*Yo fui blasfemo, perseguidor de la Iglesia de Cristo..., y ahora por su gracia soy apóstol suyo y todo lo tengo por ba-*

*sura en comparación del conocimiento de Cristo».*

## 122

Eva Lavalière, la célebre artista de París, que pasó del teatro a la Iglesia, una vez que conoció a Jesucristo y su doctrina, al considerar lo que había sido su vida antes de la conversión, una vida de degradación y de pecado, vino a decir como San Pablo: «Tenemos sólo una edad: la de nuestras virtudes... Yo cumplo cuatro años el 19 de junio, porque es el día aniversario de mi conversión. El resto de mi vida no cuenta: es basura, fango».

## 123

*¿Quién es Jesucristo?* En el Evangelio hallamos la verdadera respuesta, pues él nos habla de la sublimidad de su persona y nos atestigua que Él es no sólo verdadero hombre, sino también verdadero Dios. De Él dice:

—«*Jamás persona alguna ha hablado como este hombre*» (Jn. 7,46).

*«Todos los que le oían se maravillaban de su sabiduría y de sus respuestas» (Lc. 2,47).*

*—«¿Quién es éste que hasta el viento y el mar le obedecen?» (Mt. 8,27) y el apóstol Pedro dijo de Él: «Tu eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo» (Mt. 16,16). «Tu tienes palabras de vida eterna» (Jn. 6,68).*

El mismo Judas reconoció su inocencia al decir: *«He entregado sangre inocente» (Mt. 27,4), y Pilato: «Yo no hallo en éste ningún crimen» (Jn. 18,38).*

*—«Jamás hemos visto cosa parecida (Mc. 2,12). «Él es verdaderamente el Salvador del mundo» (Jn. 4,22).*

*—El mismo Jesucristo dijo: «Yo soy el Mesias» (Jn. 4,26). «Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida» (Jn. 14,6). «Yo soy la luz del mundo...» (Jn. 8,2). «Yo soy el pan de vida» (Jn. 6,35)... «Yo y el Padre somos una sola cosa» (Jn. 10,30). «El Padre está en mí y yo en el Padre» (Jn. 30,31-38). «EL que me ha visto a mí ha visto al Padre» (Jn. 14,9). Jesucristo mismo se proclamó Hijo de Dios y Dios verdadero.*

*Pruebas de la divinidad de Jesucristo:* Estos son sus muchísimos milagros: *Los obrados en la naturaleza:* En Caná, la conversión del agua en vino (Jn. 2); la multiplicación de los panes (con 5 panes y dos peces dio de comer a cinco mil hombres sin contar mujeres y niños) (Mt. 14,19 s; 15,32); calmar al mar alborotado (Mt. 8,24); el caminar sobre las aguas (Mt. 14,25 s)... *Liberación de endemoniados* (Mt. 8,28; 12,22; Lc. 8,30)... *Curación de enfermos:* La hija de la cananea (Mt. 15,22 s); el hijo del Señor de la corte (Jn. 4,46 s); el siervo del centurión de Cafarnaún (Mt. 8,5 s); curación de leprosos (Mt. 8,2; Lc. 17,12); de ciegos (Mt. 9,27; 20,30; Mc. 8,22; Jn. 9)... *Resurrección de muertos:* la hija de Jairo (Mc. 5,21 s); el joven de Naim (Lc. 7,11 s); Lázaro (Jn. 11)...

Muchos judíos al ver los milagros de Jesús, creyeron en Él, y se decían: «*El Cristo, cuando venga, ¿hará más milagros que Este ha hecho?*» (Jn. 7,31). Los milagros juntamente con sus innumerables profecías, son el sello de la divinidad de Jesucristo.

Jesucristo hizo muchas profecías: predijo su muerte en Jerusalén (Lc. 13,32), y que sería azotado, crucificado y al tercer día resucitaría (Mt. 20,17); predijo también la traición de Judas (Jn. 13,26) y que Pedro le negaría tres veces...

También vaticinó que Jerusalén sería sitiada y destruido su templo, del que no quedaría piedra sobre piedra (Lc. 21,6), y desde que los ejércitos romanos al mando de Tito, el año 70, lo destruyeron, no se ha podido volver a construir, y como entonces le dijera Jesús a los judíos: «*Vuestra casa quedará desierta*» (Mt. 23,38), para desvirtuar esta frase y tacharla de falsa públicamente, *Juliano el Apóstata* concibió el plan de hacer nuevamente de Jerusalén el punto céntrico del pueblo judío mediante la reconstrucción del Templo.

Veamos lo que sucedió. Los mismos judíos tuvieron el mayor interés en la realización de este proyecto, acudiendo en gran número de todas partes. Se dio comienzo a los trabajos, mas al poco tiempo se tuvo que renunciar, a pesar de obstinados intentos, a su realización. Los antiguos relatos señalan como causa una serie de

sucesos maravillosos que destruyeron las máquinas y pusieron en fuga a los obreros o bien los dejaron malparados con golpes y heridas: ráfagas impetuosas de vientos, rayos, terremotos, fuego que salía de los cimientos... (Los pormenores se consignan no solamente por escritores cristianos como el historiador *Sócrates* (H.e.3,20), *Teodoreto* (H.e.3,15), *Sozomeno* (H.e. 5,22) *San Gregorio Nazianceno*, *San Ambrosio*, entre otros, sino también el conocido historiador *Amiano Marcelino* (Hist. 23,1,2-3), etc...).

## 126

Los milagros y profecías de Jesucristo nos hablan claramente de su divinidad. Los Evangelios e historiadores profanos lo reconocen como persona histórica la más admirable que ha existido. El lugar de su nacimiento fue en Belén de Judá, y allí sobre una estrella sobredorada, está esta inscripción: «Aquí nació Jesucristo de la Virgen María»... Jesucristo es verdadero Dios y verdadero hombre.

—*Flavio Josefo*, contemporáneo de Jesucristo, historiador del judaísmo en sus «Antigüedades Judaicas», dice: «Jesús, hombre sabio, si es

que puede ser llamado hombre. El era el Cristo. Fue crucificado, pero al tercer día se apareció resucitado a sus seguidores

—*Tácito*, en sus «Anales», habla de los cristianos, nombre que provenía de Cristo, el cual fue crucificado por el gobernador Poncio Pilato, siendo emperador Tiberio...

—Los sabios racionalistas, que prescinden de lo sobrenatural, vienen a decir aquella frase de Napoleón dicha al general Beltrand, cuando estaba desterrado en la isla de Santa Elena: «Créame usted, yo conozco bien a los hombres: yo le digo que Jesucristo es más que un hombre». «Jesucristo nunca será sobrepujado» (*Renán*). «Él es el principio supremo de la moralidad» (*Goethe*). «El era más que un hombre» (*Wernle*). «El alma más bella y pura que existió jamás» (*Sabatier*). «Si la vida y la muerte de Sócrates son las de un sabio, la vida y muerte de Jesucristo son las de un Dios» (*Rousseau*)...

Esto es lo que dicen muchos incrédulos. La ciencia racionalista que dice tales cosas de Jesucristo, si fuera lógica y verdaderamente sabia, debiera confesarle por Dios.

Nadie ha amado tanto a los hombres como Jesucristo. Su Pasión es una gran prueba de su amor. Él mismo nos lo dijo: *«Nadie tiene amor mayor que éste de dar uno la vida por sus amigos»* (Jn., 15,13). San Pablo dirá: *«Me amó y se entregó a la muerte por mi»* (Gál. 2,20). *«Jesucristo vino a este mundo a salvar a los pecadores»* (1 Tim.1,15). *«Dios probó su amor hacia nosotros en que siendo pecadores murió Cristo por nosotros... siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo»* (Rom. 5,8-10).

En la aparición que hizo el Señor a Santa Margarita María de Alacoque cuando se hallaba en presencia del Santísimo Sacramento, descubriendo su divino corazón, le dijo: *«He aquí el Corazón que tanto ha amado a los hombres, hasta consumirse y agotarse para testimoniarles su amor, y, en recompensa, no recibe de la mayor parte de ellos, más que ingratitudes, irreverencias, sacrilegios, frialdades y desprecios en el sacramento del amor»*.

Cuando estaba en la cruz y tenía delante a tantos que le crucificaron y blasfemaban, se ven-



gó de ellos con el amor y el perdón: «Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen» (Lc. 23,34).

## 128

*El perdón de una madre.* Ella tiene presente el ejemplo de Jesús. la madre de Santa María Goretti, Asunción Carlini, confiaba haber encontrado en la Sagrada Comunión la grandeza de alma necesaria para olvidar la terrible ofensa y el atroz delito consumado por Alejandro Serenelli, el asesino de su hija.

Cuando éste, al salir de la cárcel se presentó ante ella para pedirle perdón, Asunción le respondió: «¿Cómo no voy a perdonarlo, si Marujilla lo perdonó en su lecho de muerte?». A la mañana siguiente fueron juntos a la iglesia, y arrodillados el asesino al lado de la madre, recibieron juntos la santa Comunión.

Juntos acogieron a aquel mismo Jesús que murió en la cruz implorando el perdón para sus enemigos y para los mismos que lo crucificaban.

Los que conocen a Jesucristo le siguen hasta la muerte y por Él dan su vida. Tenemos muchísimos ejemplos maravillosos. recordemos algunos de cuando estalló la guerra de liberación de España en 1936. Uno de ellos *Antonio Molle Lazo* de 21 años. Luchó en defensa de una España Católica en Jerez. Cayó prisionero de los marxistas. Estos le cortaron lentamente las dos orejas y clavaron gruesos clavos en sus ojos. Le machacaron ferozmente la nariz y dejaron cubierto su cuerpo de heridas espantosas, y siguió gritando hasta morir: ¡Viva Cristo Rey!

Otro ejemplo el del joven sacerdote, párroco de Antillón (Huesca), de 27 años, le condujeron por las calles del pueblo (se llamaba *Julio Bescós*), y entre burlas y sarcasmos, le llevaron al campo. Allí le hicieron la primera descarga. «¿Te duele? Ahora te curaremos; pero ¿no tienes nada que decir?». «Sí, dice el mártir, tengo que decir algo: ¡Viva la Religión Católica! ¡Viva Cristo Rey!». De un tiro acabaron con su preciosa vida. Igualmente podríamos citar otros muchos ejemplos de jóvenes que murieron perdonando a sus verdugos y gritando ¡Viva Cristo Rey! (Véanse al-

gunos ejemplos edificantes en mi libro: «*Florilegio de mártires*»).

## 130

En diciembre de 1938, el *Cardenal pacelli* (luego Papa, Pio XII), recibió en audiencia privada a Mons. Sarasola, obispo y Vicario apostólico de las Misiones dominicanas del Perú. Y sabedor el cardenal de que su interlocutor había hecho escala en España, por más que la entrevista fuese ajena por completo a los españoles, no pudo reprimir su deseo de saber cómo iba la Cruzada, y en tal sentido interrogó a Mons. Sarasola. Y al responderle éste que en España nadie pensaba sino en morir o vencer, pues no se trataba de negocio material en el que caben transacciones, sino que a todos les movía el deseo de salvar íntegramente la fe católica, el cardenal, conmovido, dijo: «El triunfo en esta lucha no es dudoso. Es la lucha de Cristo con sus enemigos más encarnizados. Cristo triunfará en España para bien del mundo entero».

Confiemos mucho en Jesús, nuestro Salvador, al igual que Santa Teresa del Niño Jesús: «No es el haber sido preservada de pecado mortal el motivo porque me lanzo con las alas de la confianza y del amor hacia Dios. ¡Ah! siento que aún teniendo sobre mi conciencia todos los crímenes del mundo, nada perdería yo de esta confianza. Con corazón contrito me echaría en brazos de mi Salvador. Yo sé que Él ama con ternura al hijo pródigo, conozco las palabras que dirigió a la pecadora y a la samaritana. Nada hay que pueda atemorizarme. Sé lo que significa su amor y misericordia. Sé que el mayor número de mis pecados puede consumirse en un momento como una gota de agua que cae en horno».

En el cementerio militar de *Nashville* (Estados Unidos) un hombre estaba plantando flores en una tumba. uno que le vio, le preguntó si era aquella la tumba de su hijo. «No». «Pues ¿de un pariente?». «Tampoco». «Pues, si no es mucho

preguntar, ¿por qué, para quién planta usted esas flores?».

Su contestación fue ésta: «Al estallar la guerra civil (1861-1865), se me llamó a filas. Yo era pobre y no podía pagar un sustituto. Y en casa tenía una numerosa familia. Entonces vino un amigo bueno y se fue en mi lugar a la guerra. Fue gravemente herido y murió después de largo padecer. Esta es su tumba. He hecho ahorros para poder venir hasta aquí, para poder adornar a lo menos su tumba». Después cogió una pequeña placa en que se leían estas palabras: «Murió por mi», y la fijó en la tumba.

### 133

En el Norte de América un misionero es llamado a última hora para asistir a un indio gravemente enfermo. Acude, le habla de Cristo, le dice cómo vino a nosotros, cuánto nos amó y cómo murió por nosotros. El buen anciano profundamente conmovido, recibe con gozo indecible la primera instrucción cristiana de su vida y después el santo bautismo. El misionero ya se prepara para abandonar la pobre choza. El recién bautizado le llama. «Vestido negro, tú ves, que

yo soy viejo y débil. Repíteme, pues, el nombre de aquel que me amó tanto y que murió por mí. ¡Dímelo otra vez!

El misionero coge su crucifijo, se lo enseña al viejo y le dice: «Mira éste es; es nuestro Salvador Jesucristo, el que murió por nosotros». El anciano reúne todas sus fuerzas, abraza con emoción el crucifijo y lo mira con ojos arrasados en lágrimas: «Buen Jesús, ¡cuánto me duele el haberte conocido tan tarde! Si te hubiese conocido antes, ¡cuánto te habría amado!».

## 134

### ¿Quién es la Virgen María?

Un día San Juan Bosco predicaba las glorias de María en una iglesia de Turín. Llegó un momento en que se paró y, dirigiéndose al auditorio, preguntó:

—Vamos a ver ¿quién de vosotros sabe decirme quién es María? Y como nadie osara responderle, por segunda y tercera vez hizo la misma pregunta, pero con tal dulce y delicada insistencia, que, al fin, alguien se levantó y dijo:

—María es la Madre de Dios. Muy bien di-

cho, exclamó Don Bosco, María Madre de Dios; pero esto no basta. Otra cosa quiero saber de vosotros. ¿Quién es María?

—María es la reina del cielo, respondió otro.

—María es la puerta del paraíso, dijo un tercero. Y cada uno iba diciendo la suya:

—María es el auxilio de los cristianos. María es la salud de los enfermos...

Don Bosco, muy contento y sonriente, añadió: Bien, bien, María es todo esto y mucho más todavía; pero no basta; es otra cosa lo que deseo me digáis. mas ya nadie respondió. Pues bien, prosiguió el santo, yo os diré lo que es María. ¡María es nuestra madre. Sí, nuestra madre! ¡He aquí lo importante! La cosa más principal para nosotros. Y, como en el mundo no hay persona, más querida que la madre, persona que más se ame y por la que más seamos amados, persona que más dispuesta esté para hacernos beneficios y compadecerse de nosotros, así en el cielo tampoco hay santo alguno que más nos ame y esté dispuesto a escucharnos y compadecernos como la Virgen María.

## La Virgen María es la Madre de Dios

En la Sgda. Escritura leemos: «*Cumplido que fue el tiempo* (anunciado por los profetas), *envió Dios a su Hijo nacido de una mujer*» (Gál. 4,4). «*María, de la cual nació Jesús, llamado Cristo*» (Mt. 1,16). En estos textos vemos claramente que María es Madre de Jesús, y como Jesús es Dios, por eso decimos que Ella es la Madre de Dios. Ella, pues, es la Madre de Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre.

Además la expresión «Hijo de Dios», nacido en el tiempo, engendrado en las purísimas entrañas de María, ¿qué es sino Dios y hombre verdadero? ¿Qué es María al engendrar un Hijo sino Madre de Él?

*María es Madre nuestra, Madre de la Iglesia*, o sea, Madre de todo el pueblo de Dios. Es nuestra Madre espiritual. Ella no tiene relación con la vida de nuestro cuerpo, que no hemos recibido de Ella como lo recibió Jesús, sino con



la vida sobrenatural de nuestra alma, la vida de la gracia.

Si todos los fieles formamos con Cristo un solo cuerpo místico, una sola persona moral, de la que Él es al cabeza y nosotros los miembros, al ser la Santísima Virgen Madre de Cristo, Cabeza del cuerpo místico de la Iglesia, lo es también de sus miembros, puesto que la Cabeza y los miembros forman un solo cuerpo. Como dice el Conc. Vaticano II, María es Madre nuestra «en el orden de la gracia» (Lg. 61), por haber cooperado con Jesús en la restauración de la vida sobrenatural de las almas».

## 137

En el Concilio de *Efeso*, el 22 de junio del año 431 los obispos reunidos declararon contra el hereje Nestorio como dogma de fe la piadosa creencia de que María es realmente Madre de Dios. Al concluirse la sesión, el pueblo acompañó alborozado a los Prelados a sus residencias, llevando antorchas, tirando flores y alfonbras por donde pasaban... Hubo iluminación festiva en toda la ciudad y por todas partes se oían estas frases: «María es realmente Madre de Dios.

¡María, madre de Dios, hoy como ayer! Lo será para siempre».

En los balcones y fachadas de las casas pusieron: «Santa María, madre de Dios...». Y desde entonces quedó compuesta la segunda parte del Avemaría. (La primera parte, como es sabido es bíblica, pues está compuesta por las palabras que dijo el arcángel San Gabriel al saludar a la Virgen, y por las de Santa Isabel, llena del Espíritu Santo, cuando fue la Virgen a visitarla).

## 138

La Iglesia tributa a la Virgen María un culto especial por ser la Madre de Dios, y no existe lugar alguno en el mundo cristiano donde no veamos levantadas iglesias, capillas o altares donde no se la venere con gran devoción...

*Alaba mi alma al Señor.* Este es el cántico del «Magnificat», cántico de la Virgen, que ella pronunció con alegría por la gracia recibida de ser Madre de Dios, el que se halla escrito en 42 idiomas o lenguas distintas en el patio de entrada en la iglesia de la Visitación en Ain-Karim.

La Virgen, reconociendo su pequeñez, empieza cantando su exaltación personal por las

grandezas que Dios ha hecho en Ella y por las que será llamada bienaventurada por todas las generaciones.

También es de notar la exposición mariana de Roma, celebrada el año 1904, en la que figuraba en 150 lenguas el sublime cántico de María, el Magníficat; además de las lenguas oficiales de la Iglesia, estaban representadas las de todos los continentes y las de Oceanía. también se reunieron numerosas melodías del mismo cántico...

## 139

*La intercesión de la Virgen es poderosa.* La reina Blanca, madre del rey de Francia Luis XI, era conocida en todo el reino por su ánimo misericordioso y dado a la compasión. Un día, en el momento que pasaba con las damas y caballeros de su séquito junto a una de las prisiones de París, un preso, desde una alta ventana, imploró piedad a la noble señora. esta habló con el preso y le dijo: «Yo por mi, no puedo darte la libertad, pero intercederé para que te sea concedida». Y no anduvo remisa en cumplir lo prometido.

Se llegó a la presencia del rey, y le dijo: «Por

el amor que llevas y el que yo te llevo, concede la libertad a un pobre infeliz que se pudre en su mazmorra». El rey dispuso que el preso fuese traído a su presencia antes de soltarle, y le habló de esta manera: «Eres libre. Pero no te olvides que todo lo debes a mi madre; sin ella nada habrías alcanzado».

Tengamos presente que aun el Rey del cielo no sabe negar una petición de su Madre, como con harta claridad nos lo enseña lo acaecido en las Bodas de Caná, donde el Salvador a instancias de su Madre obró su primer milagro.

Ella es nuestra mediadora ante el mediador, la madre de la misericordia.

## 140

Tenemos muchos ejemplos de curaciones logradas en Lourdes a personas que han acudido a ella con fe. Entre los muchos comprobados por la ciencia médica después de un minucioso examen, referiré uno de tantos que he leído en el AÑO MARIANO, y que también pueden verse anotados en el santuario de Lourdes. Cuando estuve yo allí pude ver la cifra de 4.445 milagros. El que os voy a referir es el de Arturo Frérotte, de

Nancy, de 32 años de edad, estaba enfermo con una tesis aguda. En el hospital los médicos confesaron que tenía casi destruidos ambos pulmones. En una peregrinación de enfermos a Lourdes, Arturo pidió ser inscrito en ella. La Junta directiva, visto el certificado de la comisión médica, rehusaba admitirlo por temor de que se muriese durante el camino. Arturo sin embargo, supo con insistencia vencer aquella indecisión: «Que yo pueda ver la Virgen de Lourdes \_exclamaba\_, y mi curación es un hecho».

Fue trasladado sobre su lecho y alineado con los otros enfermos en la amplia plaza del Rosario. Treinta mil personas acompañaban en procesión a Jesús Sacramentado. Él sigue invocando a la Virgen, y aguarda a que Jesús pase junto a él. Ya lo tiene allí mismo..., cuando en un arranque de fervor, exclama: «¡Señor, haced que pueda andar!». Mientras el obispo levanta sobre él la custodia para bendecirlo, Arturo siente en su corazón la palabra de Jesús, que le dice: «¡Levántate y anda!».

Impulsado luego como por una fuerza indescriptible, salta de su camilla y, curado ya, se arroja a los pies de Jesús. Después vestido del mejor modo que puede, le acompaña en la pro-

cesión y va a la gruta a dar gracias a la Virgen.

Dos horas más tarde, en la oficina médica de comprobaciones, después de un examen minucioso, se le reconoció perfectamente sano.

## 141

Otro caso célebre de curación por el agua de Lourdes, fue el de Enrique Lasserre, abogado en París, enfermó de los ojos y quedó ciego (1862). Puesto en curación por dos ilustres doctores de París no obtuvo mejoría alguna.

Un antiguo amigo de Lasserre, Freyeinet, que fue más tarde ministro, le aconsejó el uso de agua de Lourdes. Lasserre no siguió el consejo, porque temió verse obligado a llevar una vida de creyente, si era curado por un milagro. Ante la insistencia de su amigo, pidió al párroco le enviase un poco de agua milagrosa. Se humedeció con ella los ojos, y al instante fue devuelta la vista a aquellos ojos sin luz.

Tomó en sus manos un libro, precisamente el libro que relata las apariciones de Ntra. Sra. de Lourdes y leyó más de cien páginas sin percibir el menor cansancio. Lasserre fue muy agradecido a la Virgen e iba con frecuencia a la gruta,

llegando él a publicar un libro titulado: «Nuestra Señora de Lourdes». Este libro se difundió por todo el mundo; en francia solamente, se hicieron 120 ediciones.

## 142

*Acudamos a la Virgen.* Contaba un soldado francés, y yo lo oí a uno español en nuestra guerra de liberación con palabras similares, como se había salvado de muchas batallas, y decía:

—Ora una bala enemiga me rompía la bayoneta; ora una bomba me daba en la cartuchera, haciéndola saltar; ora un proyectil zumbaba en mis orejas, mas nunca tuve la menor herida. Y un misionero que le escuchaba, le dijo: «¿Y no tenía miedo? —¡No, nunca! Yo decía siempre una oración que me enseñó mi madre, por lo que me creía inmune de toda desgracia. —¿Qué oración era esa? «¡Oh María, concebida sin pecado, rogad por nosotros que recurrimos a Vos!». Esta es la oración que me ha salvado de la muerte y de la desgracia.

Un bandido convicto de varios asesinatos estaba en capilla en la celda de los condenados, aguardando el momento en que había de ser llevado en la silla eléctrica. El capellán de la cárcel había hecho todos los esfuerzos imaginables para inducirlo a recibir los sacramentos, mas todo había sido en vano.

—Márchese. ¡Déjeme solo! —decía solamente. El sacerdote, lleno de cordial compasión, dirigió una oración rápida pero ferviente a la Virgen, y luego dijo al criminal: —Me iré, puesto que usted lo desea, pero antes quiero pedirle un favor. —Bien, ¿qué es? —Digamos los dos juntos un Avemaría.

Comenzaron los dos a rezarla, y ya a las primeras palabras la gracia del arrepentimiento invadió aquel duro corazón. Con lágrimas en los ojos pidió el sacramento de la penitencia y la absolución de sus pecados, y murió en santa paz con Dios, con el rosario en las manos y el nombre de María en los labios.